

Dr. Héctor Marino. Crónica de viaje: Alemania e Inglaterra, 1935

Dr. Ricardo J. Losardo

Jefe del Servicio de Cirugía Plástica, Hospital de Oncología "María Curie"

Profesor Titular, Escuela de Posgrado, Facultad de Medicina, Universidad del Salvador



Entre las "Crónicas de viaje" que escribió en los últimos años de su vida el Dr. Héctor Marino (1905-1996), uno de los pioneros de la cirugía plástica argentina, se encuentra ésta dedicada al viaje de estudio que lo llevó a Alemania e Inglaterra, en el año 1935.

Hemos recogido, ampliado y corregido estas crónicas, tarea que ha servido para darle nueva vida a estas historias ricas en color. Un verdadero anecdotario que además nos acerca a las experiencias científicas, vivencias y costumbres de la época en que se desarrollan. El entonces joven Héctor Marino había demostrado ya cierta inclinación por la cirugía plástica, principalmente la parte reconstructiva; y si bien Marino reconocía, en Buenos Aires, a los maestros Enrique Finochietto (1881-1948) y Oscar Ivanissevich (1895-1976) por las operaciones que alentaban en los inicios de esta especialidad, él sabía que las mejores experiencias se vivían junto a los grandes cirujanos de Europa y Estados Unidos de Norteamérica. Hemos extraído del trabajo completo realizado por nosotros -aún inédito-, el siguiente artículo,

como una versión adaptada y ajustada a las características de esta publicación. (Nota del autor)

Por esos años, el Club Universitario de Buenos Aires con el *British Council* comenzaron a organizar viajes para que graduados -de distintas profesiones- pudieran visitar universidades británicas. Los alemanes hicieron lo propio, para no ser menos, y así los jóvenes profesionales podrían también visitar instituciones de Alemania con todos los gastos pagos y como huéspedes oficiales.

El viaje -a fines de 1934- fue en barco, a bordo del carguero alemán *Monte Rosa*, con comodidades para el transporte de algunos pasajeros. Esta modalidad era bastante

La foto que encabeza este artículo muestra al Dr. Héctor Marino dando una conferencia en la Academia Argentina de Cirugía en el año 1955.

habitual en las embarcaciones de la época. Por supuesto, hubo grandes y emocionadas despedidas, y por fin se inició la travesía. El presidente de nuestra delegación era un médico, el bueno de David Nölting.

La primera escala fue Santos y cuando arribamos averiguamos que, en el *Hotel Copacabana Palace*, de Río de Janeiro, se celebraba una gran "reveillon". Elucubramos un plan para adelantarnos al barco y así, con éxito, nos dirigimos a San Pablo y al final llegamos, mediante el rápido Cruzeiro do Sul, a Río con un tiempo espléndido. A la noche participamos del gran baile. Como hacía mucho calor al fin terminamos todos nadando vestidos en el mar. El *Monte Rosa* ya estaba preparado para zarpar y nos trepamos a él chorreando agua y muy felices. Nuestras compañeras nos despidieron y se aseguraron de que hayamos vuelto bien a bordo.

El próximo puerto fue el de Bahía. Hermosa y pintoresca ciudad que, en parte, recorrimos en tranvía. Nuevamente a bordo nos seguimos divirtiendo con cuanto pudimos, como por ejemplo, con un clarín que -como nos despertaba todas las mañanas- hicimos desaparecer colgándolo de un gancho, hacia afuera, en un ojo de buey.

Como buen carguero, el *Monte Rosa* navegaba sin demasiada prisa. La siguiente etapa fue el puerto de Recife. Los encargados en nuestro grupo de organizar las diversiones se enteraron de que, en el vecino casino de Olinda, iba a haber un gran baile y que era frecuentado por las bellezas del lugar. Con entusiasmo juvenil participamos de la velada, pero como no conocíamos a nadie nos aburrimos bastante. Entonces armamos una "vaquita" y apostamos en el casino, lo que nos produjo una suma respetable con la que sufragamos con creces los gastos de esa expedición.

En el barco el cruce de la línea del Ecuador se tomaba muy en serio. Hubo una ceremonia suave para las damas que eran bautizadas con perfume, pero para los varones la cosa era mucho más seria: un barbero los rasuraba y luego los tiraba a la pileta. Yo tenía experiencia pues ya había pasado la línea en 1927.

Era indudable que en este viaje reinaba una sana, o no tanto, práctica de la diversión. Recuerdo que al Dr. Julio Uriburu, perteneciente a nuestra delegación, le resultaba particularmente asqueroso ver comer salmón con crema ácida, a tal punto que debía levantarse de su lugar en la mesa e ir a la borda a vaciar su estómago delicado. Entonces con algunos cómplices introdujimos en su almohada un trozo de queso que cuando Julio se acostaba, el queso se calentaba y comenzaba a esparcir su aroma. Así, Uriburu debió salir del lecho y toda la noche la transcurrió en vela. Entonces decidió consultar al Dr. Felipe Farjat, otorrinolaringólogo, que era uno de los confabulados quien le diagnosticó una sinusitis pútrida. Le dio unas píldoras digestivas para combatir la grave dolencia. Luego la almohada culpable fue a parar al fondo del mar y el paciente quedó curado y eternamente agradecido a su salvador.

La travesía marítima por fin llegó al viejo continente, y en Vigo, el barco tuvo que atracar distante del muelle y de allí el desembarco debió realizarse mediante el uso de botes. Resulta que cuando construyeron el muelle, no advirtieron que había una roca frente y habría que haberla volado para poder usar el atracadero...

Al fin arribamos a la boca del río Elba que remontamos hasta Hamburgo. Allí nos esperaba una abundante comisión de bienvenida y cada uno comenzó con las actividades propias de su profesión.

Mi primera visita profesional fue al *Instituto de Medicina Tropical* donde conocí al Dr. Peter Mühlens y pude ver dos interesantes casos con una cantidad de enfermos provenientes de las colonias alemanas de África. No tenían nada que ver con los trópicos: uno era obrero de los astilleros a quien, por no protegerse las orejas del gran frío reinante, se les habían roto. El otro era un loco que había comido tanta zanahoria que se había puesto todo color anaranjado, así es que estuvo internado hasta desteñirse. Del simpático Mühlens me hice amigo y visitamos los famosos bares ("*bier halle*") de la avenida Reeperbahn.

Después, siguió Düsseldorf donde vi operar al profesor August Lindemann, quien me enseñó a corregir defectos de tamaño de la mandíbula. Abundaron las salidas culturales para conocer todo cuanto pudiésemos. Nos percatamos que ya se estaban preparando para la guerra. En la usina Krupp nos mostraron cómo hacían enormes cañones para la marina, probablemente destinados al acorazado Bismark. En Thyssen también hacían armas. En estas visitas estaba prohibido tomar fotografías, práctica que se aseguraban de que se cumpliese haciéndonos pasar por una enorme cámara de rayos X que borraba todo por si hubiésemos violado la norma.

Siempre las tareas impuestas por la profesión iban juntas de los esparcimientos. Una noche, los jefes de la ciudad, nos invitaron a una función de ópera; y otra noche a un cabaret, donde una señora española rica en carnes y edad era la cantante, estaba munida de unas palomas que iba soltando a medida que progresaba la canción. Las palomas volaban por encima de toda la platea y naturalmente empezaron a hacer sus necesidades. El alboroto de los damnificados que vieron abonadas sus cabezas adquirió proporciones enormes. Los

agasajados nos salvamos pues estábamos en un palco.

Así, en medio de todas estas experiencias, visitamos los grandes laboratorios a orillas del Rin. La primera visita fue a la Bayer, donde se hacía la aspirina. Allí nos agasajaron con unos bifes a la mejor altura de los argentinos. La siguiente fue la AEG, más grande que la anterior, donde llamaron la atención los enormes fardos de anilinas de todos colores destinados a Irán, la India y China, en fin, los despachaban hacia todos los lugares donde se fabricaban alfombras.

La siguiente ciudad fue Köln (Colonia), magnífica villa histórica en ese entonces aún intacta, con su enorme catedral como monumento principal. Allí entramos en contacto con la vida estudiantil. La Universidad tenía un aula magna verdaderamente colosal muy moderna y con una gran acústica. Participamos de una cena en nuestro honor con una de las comunidades llamada "Marcomania". La cuestión es que bien regado con la mejor cerveza, bailamos tangos y cantamos (los que podíamos) en alemán. A la orilla del Rin, Köln ofrecía una simpática distracción. Visitamos las numerosas y muy concurridas tabernas, en las que por un precio accesible se consumían cantidades industriales de excelente vino blanco del lugar.

Luego llegamos a Bonn, la ciudad natal de Beethoven. Nos encontramos con una pequeña y hermosa ciudad provincial. Estaba lejos aún la importancia que luego iba a adquirir.

Siguiendo el curso del Rin, por su margen izquierda, llegamos a Bacharach am Rhein, pequeña villa, cuyo nombre proviene de un homenaje a Baco, el dios romano, lo que lo dice todo.

Seguimos hacia Frankfurt y Heidelberg. En la primera visité la taberna preferida de Goethe, naturalmente me hice el deber de ir a sentarme allí con la esperanza que se me contagiara algo de ese gran genio. La segunda, la ciudad universitaria más antigua de Alemania, donde enseñaba el famoso profesor Martin Kirschner, quien me permitió aumentar mis conocimientos sobre el tratamiento de las fracturas.

Luego visitamos Garmisch Partenkirchen -en los Alpes Bávaros- donde tomamos contacto más estrecho con la nieve. Alquilamos esquís e iniciamos alocadas travesías bajo el frío polar, siempre, eso sí, protegidos por los dioses puesto que las numerosas caídas no lastimaron más que al guía-intérprete, que se rompió una pierna. A unos pocos kilómetros al norte se encuentra la villa de Oberammergau. En ella cada diez años se representa la Pasión, lo cual hacía posible encontrarse con José, Jesús, la mismísima Virgen María, o cualquier otro personaje bíblico caminando por las calles.

Después de las riesgosas experiencias en la nieve, llegamos a München (Munich), una imponente gran ciudad con hermosos monumentos y bellos jardines. Recuerdo las fantásticas colecciones del *Kunst Museum* (Museo de Arte), y también el *Volks Museum* (Museo del Pueblo) en el que había muestras de todo lo que hacía el pueblo alemán en esa época. La Universidad de München, estaba a la mejor altura del resto y allí presencié lo que hoy sería una barbaridad. El famoso Dr. Erich Lexer operando un cráneo en un anfiteatro ocupado como mínimo por doscientos estudiantes. Es de imaginar dónde quedaba la rigurosa asepsia ambiental... En esta ciudad había una activísima vida nocturna en buena parte en grandes "*bier halle*", donde muchedumbres de lugareños calmaban su sed. Se celebraban fastuosos bailes de carnaval. Yo me

alojé en el *Hotel de las Cuatro Estaciones*. La gerencia, como descubrí, había dispuesto que el hotel estuviera todo dedicado al gran baile, pero por razones bien atendibles, les habían sacado las puertas a todos los dormitorios. La concurrencia era enorme y los disfraces carnavalescos muy bonitos. Había varias orquestas que agregaban su ritmo a las reuniones. Después de la diversión, acompañé hasta su casa, como corresponde a las reglas de la cortesía, a la dama que fue mi compañera en esa noche. Más, hecha la despedida, se cerró tras ella el portón y a eso de las 2 ó 3 de la madrugada unos guardias fascistas que andaban por el barrio me encontraron durmiendo sobre los escalones de la casa. Me dijeron que no había ningún problema en que siguiera durmiendo allí, pero me advertían que a la mañana siguiente me iban a enterrar por muerte por congelación. Me pusieron arriba de un tranvía y le dieron órdenes estrictas al "motorman" de dejarme en mi hotel, con la recomendación de ponerme en la cama y cuidarme bien. Así, las órdenes de aquellos guardias fueron cumplidas y me salvaron la vida.

La etapa final de la gira oficial era Berlín, donde arribamos con gran ilusión de nuestra parte. Esta ciudad era entonces la capital del imperio, ciertamente una gran ciudad con mucha actividad cultural y artística. En Berlín me dediqué enseguida a visitar hospitales y especialmente el principal: el de la *Charité*, donde enseñaba el famoso profesor Ernst Ferdinand Sauerbruch.

Debo confesar que allí no me fue muy bien. Resulta que mientras Sauerbruch operaba un bocio, gran cantidad de visitantes lo observaban con atención. La operación llegó a un punto crítico: la ligadura de la arteria superior. La costumbre, bastante criticada, por cierto, era ocultar la maniobra con las manos de los ayudantes. Yo, que me había

entrenado con los Dres. Finochietto conocía muy bien este asunto. Entonces tuve la ocurrencia de dibujarla con tiza en el vidrio de la ventana. Sauerbruch vio a todo el público seguir mi obra y empezó a gritar furioso "raus, raus, raus" (¡fuera, fuera...!). Cumplí la orden y me retiré. A la tarde, un colega argentino me contó que cuando Sauerbruch supo que había echado a un discípulo del famoso Enrique Finochietto me mandó llamar. Por supuesto que yo, ofendido, no volví nunca más y me fui a ver operar a Erwin Gohrbandt, quien se ocupaba de cirugía plástica, entre otras cosas, y me interesaba mucho más. Visité muchos museos y los hermosos parques que rodeaban la ciudad y el Palacio de Potsdam. En fin, la cuestión era tomar contacto con todo lo típico del lugar. Por esa época debo destacar la locura que ejercía el tango. Esto aseguraba el éxito de todo argentino que tuviese cierta instrucción en el tema.

El embajador argentino entonces era el Dr. Alberto Palacios Costa, a quien yo conocía muy bien de Buenos Aires. Contrariamente a lo que sucedía en otras embajadas argentinas que visité en mis viajes, él nos recibió con un magnífico coctel con lo que prácticamente terminó la visita oficial por Alemania.

Como quedé fascinado por la parte sud de Alemania, decidí prolongar un poco más mi estadía, conviniendo con una amiga que tenía en Freiburg un encuentro en esa ciudad, lo que fue seguido por una excursión por otras ciudades de la Selva Negra. En la hermosa ciudad de Baden Baden, con sus baños termales, instalados en el tradicional hotel *Europäischer Hof* nos dedicamos a visitar la ciudad y sus magníficos parques. Tampoco faltó una visita al famoso casino local. A mi amiga, por ser menor de edad, no la dejaron entrar, razón por la que terminamos divirtiéndonos en una *boite*.

Desde allí inicié el regreso. Primero subimos a Mannheim y luego por el lujoso tren, el Rheingold, más arriba hasta Ámsterdam. Desde ahí fuimos a Inglaterra por avión.

De viaje hacia Inglaterra, aterricé en Croydon en una mañana plena de sol y me encontré con mis hermanos Oscar y Jorge, quienes estaban en este país estudiando desde hacía un tiempo. Ellos inmediatamente me preguntaron cómo andaba de fondos pues me habían ubicado un automóvil para que comprase y así tener un medio indispensable para moverme con comodidad. Ellos tenían un MG y a mí me consiguieron un Morris (de los que usaban como taxis), solamente utilizado hasta entonces por una antigua señorita inglesa. Ya con auto propio luego busqué el alojamiento y así finalmente me instalé en *Baker Street*, la calle del domicilio de Sherlock Holmes.

Mi hermano Oscar era el primer becado por el Príncipe de Gales, por lo que tenía obligaciones y ciertos privilegios entre lo que se contaba ir todos los sábados al Palacio de Buckingham a jugar al billar con el príncipe Eduardo y con nuestro compatriota "Pino" Doderó, importante empresario naviero.

Cuando fui a Oxford, vi una Universidad rodeada de la belleza y el encanto propio de esa ciudad. Había deportes de todo tipo y para todos los gustos. Ya no recuerdo cómo habíamos hecho amistad con un miembro del Parlamento con intereses en la Argentina. Este simpático señor nos invitó a tomar el té en el Palacio de Westminster. En retribución lo invitamos a la gran regata de Oxford-Cambridge. Aunque Oxford siempre perdía –en aquellas épocas– ello no impidió las celebraciones nocturnas, con pantagruélicas cenas en el *Simpson's* o en el *Savoy*. Estas ocasiones culminaban con grandes borracheras y salvajadas de los mamados, como tratar de robarles el

casco a los policías. Por entonces, Oxford tenía una invasión de hermosas señoritas suecas, producto de un intercambio. Mi hermano Oscar viéndolas, ligerísimas de ropas, se le ocurrió bañarse en un agujero hecho en el hielo, se puso en calzoncillos y se zambulló en el agujero. Quedó instantáneamente congelado y en shock. Suerte que una de las maravillosas vikingas lo vio, lo sacó hacia afuera y le hizo respiración boca a boca con lo que logró resucitarlo con gran complacencia... y agradecimiento de mi hermano.

Al fin un día, decidí regresar a Londres, donde alterné entre *Baker Street* y las habitaciones que ponían a disposición de los visitantes los miembros del *Jockey* y del *Argentine Club*. Conocí a Archibald McIndoe, cirujano plástico inglés quien había tenido sonados éxitos arreglando oficiales y soldados de la RAF heridos en Asia. También estuve con Harold Gillies, uno de los más famosos cirujanos plásticos del mundo, del que llegué a ser su ayudante, lo que me valió una indudable gran experiencia, tanto en el *St. Bartholomew's Hospital* como en la *London Clinic*. Aquí también conocí a Rainsford Mowlem. Los tres eran neozelandeses y se habían establecido en Inglaterra.

Con mi hermano Oscar concurríamos a algunas carreras de caballos. Primero estuvimos en Liverpool, en el *Grand National*, donde obtuvimos una abundante ganancia que nos permitió reponer las finanzas y darnos un buen gusto como un festejo de primera en un buen hotel. Luego visitamos Ascot, donde nos encontramos con una vista hermosa, con damas muy elegantes con fantásticos sombreros y señores de levita y galera gris. En fin, una reunión hípica lo más parecida a Auteil, en París. Para mí lo más divertido eran las "*point to point races*", carreras campestres, tipo cuadreras, con caballos de carreras, pero montados por

"gentleman". El público de los alrededores hacía apuestas con pintorescos "*book-makers*" y después había recepciones en alguna propiedad vecina.

Como podemos suponer la vida social en Londres ese año, el del jubileo del Rey Jorge V, era muy activa. El embajador argentino era el simpático Dr. Manuel Malbrán Achával quien nos recibió muy amablemente. Él tenía dos hijas de las cuales me hice muy amigo y a través de ellas con otras simpáticas señoritas, como por ejemplo Mónica Strickland, con las que compartimos varias salidas.

Asistí a suntuosas y privilegiadas reuniones, pero la que más me impactó fue el baile de fin de curso en la Escuela Militar de Aldershot. Un inmenso salón, banda de música de los *Guards* que tocaban valsés y todos los oficiales con sus coloridos uniformes. Varios oficiales vinieron, en la ocasión, a preguntarme quién hacía fracs tan perfectos como el mío. De vuelta a Buenos Aires se lo conté a Hayman, mi sastre que se puso a llorar de la emoción.

Ya era mediado de año y época de vacaciones. Habiendo cumplido con creces mi objetivo de aprender más cirugía plástica junto a Gillies, acepté una sugerencia de Oscar para conocer otros lugares. Sin embargo, yo no sabía cómo era viajar con él como guía. Siempre entre dos caminos adoptaba el más tortuoso, pero claro eso prometía siempre más novedades. Resultado que sabías cuando salías, pero nunca cuando llegabas. En estas condiciones, juntos los tres hermanos (Oscar, Jorge y yo), visitamos Bristol, un puerto muy significativo para quienes habían leído *La Isla del Tesoro*, de Stevenson. Al fin llegamos al *Lake District* (Distrito de los Lagos Ingleses) con paisajes lacustres plenos de hermosura. Lo pasamos muy bien. Entramos en

Escocia por un pueblo donde el herrero era también juez de paz. En 1935 el lugar era muy modesto, adornado con testimonios de parejas agradecidas. Hoy es un verdadero circo o feria y ha perdido todo su carácter. Salteamos Glasgow por sugerencia de un parroquiano que nos desalentó y entonces nos dirigimos directo a Edimburgo. En este camino, Oscar tuvo algún percance con su MG, pero gracias a la pericia de un técnico pueblerino, y no sin peripecias, salvamos la desgracia. En Edimburgo y con el MG arreglado disfrutamos de una de las ciudades más hermosa que he conocido. Con su castillo pleno de recuerdos, siendo conocedores de toda la historia de María Estuardo por las lecturas de las novelas de Walter Scott. Llegó entonces el momento de reanudar el periplo hacia el Sud. Pasamos primero por York y luego Oxford. Desde allí nos fuimos hacia los puertitos de pescadores de la costa oeste en dirección a Cornwall. Anochecimos en Truro, lugar muy pintoresco y alcanzamos Penzance y el propio Lands´ End con la esperada y espesa neblina. De allí vuelta al norte por la Riviera inglesa. Después vino Portsmouth y allí después de visitar la fragata *Victory* nos enteramos de un muelle con restaurant y teatro. En él actuaba una compañía de opereta que tenía la particularidad de estar integrada por chicos y niñas de entre 10 y 14 años. Por supuesto, Oscar era amigo de la directora del grupo así que, a la noche y después de comer, nos fuimos al teatro. Nunca he visto ni veré cosa igual: los actores eran muy buenos pero la sensación era que estabas mirando el escenario con el revés de un antejo de larga vista.

Por último, llegó el momento del regreso a casa. En el puerto de Southampton me embarqué en el *Cap. Arcona*, un lujoso buque alemán, que había zarpado de Hamburgo, donde en mi camarote acomodaron un gran baúl, debajo de la cama, con todos los libros comprados en Alemania. Llegó

así el turno de las despedidas de mis dos hermanos. Había llegado la partida... Le entregué mis últimas libras a Oscar que se quedaba en peor situación económica que yo. Se escucharon los tres sonoros toques de pito y la nave partió.

Instalado de nuevo en Buenos Aires volví a mi rutina diaria de cirugía general, ya entonces bastante centralizada en traumatología y la ayudantía con mi padre, Don Salvador. Cirugía plástica poco o nada. Todavía no me consideraba bastante ducho, pero por lo menos, había traído bastante instrumental e impuse por primera vez el uso del hilo de seda fina en el Servicio de Ricardo Finochietto, sustituido más tarde por el Jefe por el hilo de algodón, más barato y más fácil de esterilizar con el catgut. Aquí terminan mis cuentos de este viaje por Alemania e Inglaterra, hace tiempo y a lo lejos.

Agradecimientos del autor: Al maestro Ángel Alberto Devoto, al doctor Héctor Salvador Marino y a Azul Mailen Real por sus valiosos aportes y colaboraciones.

Bibliografía de interés

- Marino, H.S.: Obituary Héctor Marino, MD, 1905-1996. *Plast. Reconstr. Surg.* 100 (2): 556, 1997.
- Losardo, R.J.: Semblanza del Académico Profesor Doctor Héctor Marino. *Rev. Asoc. Méd. Argent.* 131 (2): 4-6, 2018.
- Mallo, O.V.: Las dos primeras escuelas argentinas de cirugía plástica. Sus comienzos, a través de la mirada de uno de sus protagonistas. *Rev. Asoc. Méd. Argent.* 131 (3): 31-36, 2018.

Correspondencia

- **Dr. Ricardo Jorge Losardo:**
ricardo.losardo@usal.edu.ar
- **Mto. Ángel Alberto Devoto:**
angelalbertodevoto@live.com.ar
- **Dr. Héctor Salvador Marino:**
tmarino1944@gmail.com